

LIBRO XLII.

El censor Q. Fulvio Flaco despoja el templo de Juno Licinia.—
Senatus-consulta que le obliga á la restitución.—Quejas del
rey Eumeno.—Declaración de guerra á Perseo.—Pasa á Mace-
donia el cónsul P. Licinio Crasso.—Legaciones á las ciudades
y reyes aliados.—Vacilaciones de los rodios.—Clausura del
lustró.—Ventajas conseguidas sobre los corsos y ligurios.

Antes de toda otra cosa, L. Postumio Albino y
M. Popilio Lenas dieron su informe acerca de las provin-
cias y de los ejércitos, y obtuvieron un decreto que les
asignó la Liguria á los dos. Cada uno debía alistar dos
legiones nuevas, que les concedía el decreto para la
ocupación de aquel país; además, cada uno había de to-
mar de los aliados del nombre latino diez mil hombres
de infantería y seiscientos de caballería, y en fin, tres
mil hombres de infantería romana y doscientos jinetes
destinados al ejército de España. Dispúsose además una
leva de mil quinientos hombres de infantería romana y
cien caballeros: el pretor á quien tocase la Cerdeña les
llevaría á hacer la guerra en Córcega, mientras que
Atilio, el antiguo pretor, tendría la Cerdeña por pro-
vincia. Los pretores sortearon en seguida las provin-
cias, obteniendo C. Atilio Serrano la jurisdicción urba-
na, C. Cluvio Saxula la de los litigios entre ciudadanos

LIBRO XLII.

SUMARIO.

El censor Q. Fulvio Flaco despoja el templo de Juno Licinia.—
Senatus-consulta que le obliga á la restitución.—Quejas del
rey Eumeno.—Declaración de guerra á Perseo.—Pasa á Mace-
donia el cónsul P. Licinio Crasso.—Legaciones á las ciudades
y reyes aliados.—Vacilaciones de los rodios.—Clausura del
lustró.—Ventajas conseguidas sobre los corsos y ligurios.

Antes de toda otra cosa, L. Postumio Albino y
M. Popilio Lenas dieron su informe acerca de las provin-
cias y de los ejércitos, y obtuvieron un decreto que les
asignó la Liguria á los dos. Cada uno debía alistar dos
legiones nuevas, que les concedía el decreto para la
ocupación de aquel país; además, cada uno había de to-
mar de los aliados del nombre latino diez mil hombres
de infantería y seiscientos de caballería, y en fin, tres
mil hombres de infantería romana y doscientos jinetes
destinados al ejército de España. Dispúsose además una
leva de mil quinientos hombres de infantería romana y
cien caballeros: el pretor á quien tocase la Cerdeña les
llevaría á hacer la guerra en Córcega, mientras que
Atilio, el antiguo pretor, tendría la Cerdeña por pro-
vincia. Los pretores sortearon en seguida las provin-
cias, obteniendo C. Atilio Serrano la jurisdicción urba-
na, C. Cluvio Saxula la de los litigios entre ciudadanos

y extranjeros, N. Fabio Buteo la España citerior, M. Maeceno la ulterior, M. Furio Crassipo la Sicilia, y C. Cicerero la Cerdeña. Antes de la partida de los magistrados, por decisión del Senado, marchó á la Campania el cónsul L. Postumio para señalar los límites del territorio público y de los terrenos particulares: era cosa averiguada que éstos, por medio de lentas y sucesivas invasiones, habían aumentado considerablemente sus propiedades á expensas del Estado. El cónsul estaba ofendido por la indiferencia de los prenestinos, que en un viaje que hizo á su territorio sin carácter alguno público, con objeto de ofrecer un sacrificio en el templo de la Fortuna (1), ni en particular ni públicamente le tributaron honores. Por esta razón, antes de salir de Roma, escribió á Prenesto para que saliese á recibirle un magistrado (2) que le preparase alojamiento á expensas de la ciudad y que tuviese cantidad de mulos á su disposición para la salida. Sus predecesores no habían impuesto nunca cargas ni gastos á los aliados; así era que los magistrados partían provistos de mulos de carga, tiendas y todos los pertrechos militares, para no pedir á los aliados nada de esto. Alojábanse en casas particulares, usando de la hospitalidad con discreción y bondadosamente; sus casas en Roma estaban abier-

(1) Este templo era célebre por su antigüedad y los vaticinios que se hacían en él. Guardábanse en él tablillas en que estaban escritas las respuestas en caracteres antiguos. Estas tablillas estaban encerradas en un cofre hecho con la madera de un olivo, del que se decía había brotado miel en otro tiempo; un niño sacaba la tablilla, y un sacerdote, llamado *Sortilegus*, leía é interpretaba la respuesta. La credulidad había llevado á aquel templo riquísimas ofrendas.

(2) Prenesto era ciudad municipal, y tenía al frente de su gobierno un magistrado solo, llamado dictador. Otras ciudades municipales tenían dos, cuatro y hasta seis magistrados supremos. Casi todas, como la república romana, tenían Senado, caballeros y plebeyos.

tas á sus huéspedes, que acostumbraban á hospedarse en ellas. Los legados que repentinamente eran enviados á alguna parte pedían una mula (1) á cada ciudad que tenían que atravesar, siendo este el único gasto que los aliados tenían que hacer para los magistrados romanos (2). La venganza de un cónsul, que por justa que fuese parecía inconveniente durante su magistratura, el silencio que por moderación ó timidez guardaron los prenestinos, vinieron á sancionar el hecho y dieron margen á que los magistrados repitiesen aquellas exigencias con tiranía más irritante cada vez (3).

Al comenzar este año, los legados que enviaron á Etolia y Macedonia comunicaron «que no habían podido ver al rey Perseo, diciendo unos que estaba ausente y otros suponiéndole enfermo; siendo falso lo uno y lo otro. Sin embargo, no les había sido difícil convencerse de que se preparaban para la guerra y que no tardarían mucho en tomar las armas. En Etolia también progresaba la sedición y no habían podido conseguir por su influencia contener á los jefes de los bandos sublevados.» En la perspectiva de una guerra con Macedonia, se decidió, antes de emprenderla, expiar los prodigios y aplacar á los dioses por medio de súplicas en conformidad con los libros sibilinos. Decíase que en Lanuvio había sido visto en el aire la apariencia de una gran flota; en Priverno había brotado del suelo lana ne-

(1) Creen algunos que este es el origen de los carros de posta en el mundo romano. Augusto regularizó este servicio para tener con rapidez noticias de las provincias.

(2) Para castigar algunos pueblos de Italia, como los Lucanos y los brucios, por su defección durante las campañas de Aníbal, los romanos les exigían que mantuviesen en los caminos mensajeros y correos.

(3) Los magistrados y hasta los simples ciudadanos romanos trataban con irritante arrogancia á los italianos para satisfacer sus odios, sus caprichos y hasta los de sus esposas.

gra; en el país de los veyos, cerca de Rementó, habían llovido piedras; todo el Pontino había quedado cubierto por nubes de langostas; en el territorio galo, la raja de un arado, penetrando en el suelo, de los terrones que levantaba había hecho brotar peces. Estos prodigios hicieron que se abriesen los libros del destino, y por acuerdo de los decenviros se designó qué víctimas había que inmolar y á qué dioses; ordenaron además una rogativa para expiar los prodigios, y la celebración de la que se votó el año anterior en interés del pueblo; con ocasión de una enfermedad; y últimamente ferias. Para obedecer al texto sagrado, explicado por los decenviros, se celebraron los sacrificios.

Aquel mismo año quedó destechado el templo de Junó Liciniana. Q. Fabio Flaco, censor á la sazón, hacía construir un templo á la Fortuna Ecuestre, en cumplimiento del voto que formuló en España, donde dirigía como pretor la guerra contra los celtiberos; desplegando inmenso celo para que fuese el más grande y magnífico de todos los templos de Roma. Creyó que nada mejor podría hacer para embellecerlo que cubrirlo con tejas de mármol, y marchó al país de los brucios, donde hizo destechar cerca de la mitad del templo de Junó Liciniana, pareciéndole suficiente aquella cantidad de mármol para cubrir su edificio. Habíanse preparado naves para realizar el transporte; un censor lo mandaba así y esta consideración impidió á los aliados oponerse á la consumación de aquel sacrilegio.

Al regreso del censor desembarcaron las tejas y las llevaron á su templo; pero, á pesar del silencio que guardaba acerca de su origen, no pudo mantenerlo secreto. En toda la curia resonaron murmullos, y por todas partes pedían que los cónsules diesen cuenta de aquel hecho al Senado. Cuando por mandato oficial se presentó el censor, todos los senadores individualmente y en

masa le dirigieron graves reconvencciones. «Aquel templo, el más reverenciado de la comarca, lo respetaron Pirro y Anníbal; y él, no contento con poner mano sacrilega en aquel edificio, lo deja indignamente descubierto; casi realiza su ruina. El templo está sin techumbre, nada protege su armadura contra las lluvias que le pudrirán. ¡Y es un censor creado para la corrección de costumbres, á quien la tradición de las costumbres antiguas impone el deber de reparar los techos de los edificios y asegurar abrigo al culto; es él quien va por las ciudades aliadas, demoliendo los templos y destruyendo los techos de los edificios religiosos; el que comete, al atacar los templos de los dioses inmortales, una indignidad demasiado grave ya, aunque solamente recayese sobre casas particulares de aliados; y vendrá á recibir el juramento del pueblo romano el que necesita restos de templos para construir sus templos! ¡Como si los dioses inmortales no fuesen los mismos en todas partes! ¡Como si necesitasen unos los despojos de otros para realzar el brillo de su culto!» Mucho antes del informe era conocida la opinión de los senadores; después del informe, todos estuvieron unánimes para mandar la restitución y nueva colocación de las tejas, así como sacrificios expiatorios á Junó. En lo tocante á la religión, ejecutóse puntualmente el mandato. En cuanto á las tejas, los contratistas dijeron que las habían dejado en el recinto del templo por carecer de obreros aptos para colocarlas.

De los pretores que partieron para las provincias, N. Fabio murió en Marsella, cuando se dirigía á la España citerior. Comunicada la noticia por los legados marseleses, el Senado decretó que P. Furio y Cn. Servilio, que le reemplazaban, sortearan á quien se prorrogaría el mando para ejercerlo en la España citerior. La suerte favoreció á la república, diciendo que Furio,

que mandaba aquella provincia, permaneciese en ella. Aquel mismo año, encontrándose disponible una parte del territorio de la Liguria y de la Galia, conquistado por la guerra, por un senatus-consulto se decidió la distribución individual, autorizando para este objeto al pretor urbano para que nombrase decenviros, que fueron M. Emilio Lépido, C. Cassio, T. Ebucio Caro, C. Trencelio, P. Cornelio Cethego, Q. y L. Apuleyo, M. Cecilio, C. Salonio y C. Munacio. Estos dispusieron la distribución de diez yugadas por persona y tres para los aliados del nombre latino. En el mismo momento en que se realizaba esta operación, vinieron legados de Etolia á Roma, con motivo de los debates y discusiones que agitaban á su país; también llegaron legados tesalios para comunicar lo que acontecía en Macedonia.

Perseo, que meditaba ya los planes de guerra que había concebido en vida de su padre, enviaba sus agentes, no sólo á todas las naciones, sino hasta á todas las ciudades de Grecia, y á fuerza de promesas más que con favores (1) las atraía á su partido. Los ánimos se mostraban en gran parte favorables á su causa, y más inclinados á él que á Eumeno; y sin embargo, todas las ciudades de Grecia y la mayor parte de sus jefes debían grandes y reales favores á Eumeno, que en el trono obraba de manera que las ciudades de sus estados no hubiesen querido cambiar su suerte por la de ninguna república. Por el contrario, de Perseo se decía que, después de la muerte de su padre, mató á su esposa con su propia mano. Apeles le había servido en otro tiempo para preparar la celada en que encontró la muerte su hermano; por cuya razón lo reclamó Filipo para entregarlo al suplicio, pero se había desterrado. Perseo, des-

(1) Perseo era extraordinariamente avaricioso. Plutarco dice que á todo antepuso la sed de oro.

pués de la muerte de su padre, le atrajo con magníficas promesas, en recompensa del importante servicio que le había prestado, y le hizo matar secretamente. En vano se conocían de él otros muchos asesinatos cometidos dentro y fuera de sus Estados; en vano carecía de todo mérito que pudiese recomendarle: las ciudades griegas generalmente le preferían á un príncipe tan tierno en sus afecciones de familia, tan justo con sus súbditos y tan liberal con todos; bien porque les deslumbrase la majestad de la corona de Macedonia ó desearan un trono reciente, bien que estuviesen ávidas de revolución, bien que quisiesen utilizarle como escudo contra los romanos. No eran solos los etolios los que estaban entregados á la sedición, á causa de la enormidad de su deuda, sino que también los tesalios; siendo aquello como epidemia cuyo contagio había alcanzado á la Perrhebia. Cuando llegó la noticia de que los tesalios habían tomado las armas, el Senado envió á Ap. Claudio para que estudiase el asunto de cerca y lo arreglase. Este empezó por reconvenir severamente á los jefes de los dos bandos; en seguida, cuando con el consentimiento de los acreedores, redujo la deuda, que se encontraba aumentada con enorme masa de intereses acumulados, distribuyó en muchos años el pago por plazos con equitativo interés. El mismo Appio y de la misma manera arregló los asuntos de la Perrhebia. En Delfos le informaron de las quejas de los etolios. Su querrela les había hecho empeñar las armas llegando á una guerra civil. Reconociendo en los dos bandos igual temeridad y la misma audacia, no quiso que su intervención favoreciese á uno ni á otro, y les dirigió la petición común de que renunciasen á la guerra y que terminasen sus discordias con el olvido de sus mutuas ofensas. Por prendas de la reconciliación, ambos se dieron rehenes, siendo elegido Corinto para depósito de ellos.

De Delfos y la asamblea de Etolia, Marcelo pasó al Peloponeso, donde había designado á los aqueos punto para reunirse. Allí felicitó á la nación por su fidelidad en mantener el antiguo decreto que prohibía á los reyes de Macedonia el acceso á sus fronteras, y mostró claramente la animosidad de los romanos contra Perseo. Para apresurar el movimiento, el rey Eumeno marchó á Roma con un escrito en que había consignado los resultados completos de sus investigaciones acerca de los preparativos de la guerra. Al mismo tiempo enviaron cinco legados al rey para que estudiasen de cerca la situación de Macedonia. Estos legados debían ir también á Alejandría, para ver á Ptolomeo y renovar la amistad con él. Los legados eran C. Valerio; Cn. Lutatius Cerón, Q. Bebio Sulca, M. Cornelio Mammula y M. Cecilio Denter. Por la misma época llegaron legados del rey Antioco; introducido en el Senado su jefe Apolonio expuso muchas y justas razones para justificar á su rey por las dilaciones que había experimentado el pago del tributo. «Traía la totalidad, y el rey solamente pedía el favor del tiempo; traía además como regalo vasos de oro de peso de quinientas libras (1). El rey pedía en su nombre la alianza y amistad que había existido entre Roma y su padre; rogaba al pueblo romano le mandase cuanto se podía mandar á un rey, en la seguridad que encontraría bueno y fiel aliado; no se cansaría de servir á la república; debía estos propósitos á las bondades del Senado, á las amables atenciones de la juventud romana durante su permanencia en Roma, cuyos diferentes órdenes se habían puesto de acuerdo para tratarle como príncipe y no como persona otorgada en rehenes.» Los legados recibieron benévola respuesta, y el pretor urbano A. Atilio quedó encargado de renovar

(1) En aquella época, los embajadores no recibían ordinariamente más que un regalo de dos mil libras de bronce.

con Antioco la alianza contraída con su padre. Entregóse el tributo á los cuestores de la ciudad y los vasos de oro á los censores, con encargo de colocarlos en los templos que juzgasen á propósito. Regalóse al legado cien mil libras de bronce (1); destinóse para su alojamiento una casa libre, y por decreto se pagaron sus gastos por todo el tiempo que permaneciese en Italia. Los legados que habían marchado á Siria dijeron que era un personaje muy considerado del rey y ardiente partidario del pueblo romano.

En el presente año ocurrió en las provincias lo siguiente: el pretor Cicereyo libró en Córcega una batalla campal, en la que perecieron siete mil insulares y quedaron prisioneros más de mil setecientos. Durante el combate votó un templo á Juno Moneta. En seguida se otorgó la paz á los corsos, que la imploraban, y se les impuso un tributo de doscientas mil libras de cera. Sometida la Córcega, pasó Cicereyo á la Cerdeña. El territorio de Staciela, en la Liguria, fué también teatro de un combate que se libró cerca de la ciudad de Caristo, que había servido de punto de reunión á numeroso ejército de ligurios, quienes, antes de la llegada del cónsul Popilio, permanecieron dentro de las murallas; pero viendo que el general romano iba á dar el asalto á la ciudad, salieron y se formaron en batalla delante de las puertas. El cónsul, que no había tenido otro objeto al amagar el asalto, aceptó apresuradamente la batalla, que duró más de tres horas, sin que por ningún bando se decidiese la victoria. Cuando vió el cónsul que los legionarios no retrocedían por ningún lado y que los ligurios se mantenían firmes, mandó cabalgar á los jinetes y que atacasen por tres

(1) En aquella época, los embajadores no recibían ordinariamente más que un regalo de dos mil libras de bronce.

puntos al enemigo, de modo que desordenasen todo lo posible sus filas. Gran parte de la caballería atravesó por completo la línea de batalla, colocándose á la espalda del enemigo; maniobra que aterró tanto á los ligurios, que emprendieron la fuga en todas direcciones. Muy pocos entraron en la ciudad, porque los jinetes les cerraban el paso por aquel lado especialmente. Además de que aquella obstinada lucha había costado bastante gente á los ligurios, muchos perecieron en la fuga. Dícese que quedaron diez mil hombres muertos, más de setecientos prisioneros y que se cogieron ochenta y dos enseñas. La victoria costó á los romanos más de tres mil hombres, porque no cediendo ninguno de los dos ejércitos, perecieron las primeras filas.

Cuando después de este combate pudieron reunirse los ligurios, viendo que el número de sus muertos superaba con mucho al de los vivos (no tenían más de diez mil), se rindieron sin condiciones, aunque esperando que aquel cónsul no fuese más severo que sus antecesores. Pero les quitó todas las armas, demolió su ciudad, vendió hombres y bienes y mandó al Senado relación de sus actos. Cuando el pretor A. Atilio la leyó al Senado (porque Postumio, el otro cónsul, estaba ocupado en Campania en la delimitación de terrenos), los Padres creyeron extraordinaria aquella severidad. «Los stacialetas, los únicos ligurios que habían tomado las armas contra los romanos, habían sido atacados sin que esta vez hubiesen declarado ellos mismos la guerra. ¡Gentes que se habían entregado á la lealtad del pueblo romano, tratadas con la dureza más incalificable, heridas, destruidas! ¡Tantos millares de inocentes que imploraban la fe del pueblo romano, escandalosamente vendidos, para quitar de esta manera el propósito de capitular á quien estuviese dispuesto á hacerlos arrancados de sus hogares, y mientras que los verda-

deros enemigos del pueblo romano viven al abrigo de las capitulaciones, estos van á ser esclavos! Por estas consideraciones, el Senado decide que Popilio devuelva la libertad á los ligurios, reembolsando á los compradores sus gastos; que les entregará todos aquellos bienes que sea posible recobrar; que inmediatamente se construirán armas en aquel país, y que el cónsul abandonará la provincia en cuanto restituya á sus hogares á los ligurios capitulados: que la verdadera victoria consiste en vencer al que lucha, pero no en herir al vencido.»

La rigidez que desplegó el cónsul contra los ligurios, la mostró para negarse á obedecer al Senado. En seguida mandó sus legiones á invernar en Pisa, y con grave disgusto contra el Senado y enojo contra el pretor, regresó á Roma; convocó al Senado en el templo de Belona, y allí comenzó por dirigir invectivas al pretor «que en vez de pedir en su relato al Senado honores para los dioses inmortales en agradecimiento al feliz resultado, había hecho un senatus-consulta hostil á su conciudadano, favorable á los enemigos, y que dando la victoria á los ligurios, casi proponía entregarles el cónsul. Por consecuencia de esto, le sujetaba á multa, y pedía al Senado la supresión del senatus-consulta de que se quejaba, y acciones de gracias á los dioses, que debió decretar durante su ausencia, en vista del relato en que participaba los servicios que había prestado á la república, pero que las decretarian á su presencia, primeramente para honrar á los dioses y además por consideración al mismo cónsul. Después de algunos discursos, en los que los senadores que hablaron no le trataron mejor presente que ausente, no habiendo conseguido nada en ninguna de sus dos peticiones, regresó á su provincia. Postumio, el otro cónsul, empleó todo el verano en el reconocimiento de los límites del terri-

torio, y sin haber visto siquiera su provincia, regresó á Roma para celebrar los comicios. Fueron creados cónsules C. Popilio Lenas y P. Elio Liguro, y pretores C. Licinio Crasso, M. Junio Penno, Sp. Lucrecio, Sp. Cluvio, Cn. Sicinio y C. Memmio por segunda vez. En este año se cerró el lustro, siendo censores Q. Fulvio Flaco y A. Postumio Albino. Postumio hizo la clausura. El censo de los ciudadanos romanos dió doscientas setenta y nueve mil quince cabezas, número algo menor al verdadero, porque el cónsul L. Postumio había proclamado, en plena asamblea del pueblo, la obligación en que estaban los aliados del nombre latino, que el edicto del cónsul C. Claudio obligaba á regresar á sus ciudades, de no inscribirse en el censo de Roma, sino en sus localidades respectivas. Aquellos censores dieron ejemplo de verdadera y patriótica armonía. A todos los que arrojaron del Senado y privaron de caballo, los clasificaron como tributarios; y no se vió que el uno deshiciera lo que hacía el otro. Al cabo de seis semanas dedicó Fulvio el templo que había votado á la Fortuna Ecuestre, en un combate que había librado siendo procónsul en España, á las legiones céltibéricas; dió también cuatro días de juegos escénicos (1) y uno de juegos del circo. L. Cornelio Léntulo, decenviro de los sacrificios, murió aquel año. Langostas levantadas del mar por el viento cayeron sobre la Apulia en nubes tan densas, que cubrieron todos los campos, siendo calamidad para las cosechas. El pretor designado Cn. Sicinio fué enviado á la Apulia con mandato expreso para hacerlas desaparecer, é hizo una leva en masa de gentes destinadas á recogerlas, exigiendo algún tiempo aquella expedición. Los debates del año anterior tuvie-

(1) Estos juegos se celebraban, según costumbre, con ocasión de la dedicación del templo.

ron resonancia en los comienzos del siguiente, en que fueron cónsules C. Popilio y P. Elio. Los senadores querían un informe acerca del asunto de los ligurios y la renovación del senatus-consulto, y el cónsul Elio practicaba el informe. Popilio suplicaba por su hermano al Senado y á su colega, y, amenazando con oponerse al decreto si se dictaba, consiguió el desistimiento de su colega; pero el Senado, descontento de los dos cónsules, persistió en su propósito. Así, pues, cuando se trató de las provincias, en vano pidieron la Macedonia, previendo la guerra con Perseo; un decreto envió los dos cónsules á la Liguria, negándose á disponer de la Macedonia, si no se hacía la información acerca de Popilio. Después, cuando pidieron levantar nuevas legiones ó reclutar las antiguas, se les negaron las dos cosas. Los pretores recibieron igual negativa en su petición de soldados para España. M. Junio había obtenido por suerte la citerior, Sp. Lucrecio la ulterior, C. Licinio Crasso la jurisdicción urbana, Cn. Sicinio la de los extranjeros, C. Memmio la Sicilia y Sp. Cluvio la Cerdeña. De aquí el enojo de los cónsules con el Senado. Después de señalar el primer día para la celebración de las ferias latinas, anunciaron su marcha para la provincia y el propósito de no hacer nada en interés de la república, exceptuando lo que perteneciese á la administración de las provincias.

Según Valerio Ancias, bajo este consulado, Atalo, hermano del rey Eumeno, vino á Roma para exponer sus quejas contra Perseo y denunciar sus preparativos de guerra. En autoridades más numerosas y cuyo testimonio tiene más peso ante mis ojos, se apoya la opinión que sostiene vino el mismo Eumeno, quien, á su llegada á Roma, recibió honrosísima acogida; el pueblo hizo lo que debía á su aliado y lo que se debía á sí mismo, después de tantos beneficios acumulados en aquel

rey. Recibido en el Senado, dijo «que había venido á Roma para visitar á los dioses y á los hombres cuyo favor le habían concedido tal fortuna que no se atrevería á desealarla más brillante, pero también para advertir al Senado que previniese los propósitos de Perseo.» Remontando después á los proyectos de Filipo, recordó la muerte de Demetrio, opuesto á la guerra con los romanos; la nación de los bastarnos sublevada para prestarle ayuda y facilitar su paso á Italia; aquel príncipe, detenido por la muerte en los proyectos que formaba, dejando su trono á aquel hijo cuya animosidad contra los romanos conocía; Perseo, recibiendo de su padre aquella herencia de guerra con el cetro que empuñaba y empleando desde entonces toda su actividad en madurar sus propósitos; la brillante juventud de que disponía, á la que larga paz había dado tiempo para desarrollarse; los recursos del reino de Macedonia y la edad del mismo príncipe, aquella edad que ponía un cuerpo fresco, sano y vigoroso al servicio de un ánimo avezado á la práctica y arte de la guerra. En efecto; desde la infancia había podido, bajo la tienda de su padre, acostumbrarse á la guerra con los romanos y no solamente contra las naciones vecinas; encargándole después muchas y muy diferentes expediciones. Desde que se encontraba en el trono, había terminado con maravilloso éxito empresas que Filipo, á pesar de sus esfuerzos, no pudo concluir por fuerza ni por habilidad. En fin, á todos estos recursos había que añadir otro, resultado ordinario del tiempo y de importantes servicios, la autoridad.

En todas las ciudades de la Grecia y del Asia se respetaba su preponderancia. ¿Qué favores, qué beneficios eran aquellos que le atraían tanta consideración? No se conocían, y el mismo Eumeno no podía asegurar si era efecto de la especial fortuna de Perseo, ó si, lo que sentía decir, el odio que tenían á los romanos le ganaba

partidarios. Los mismos reyes le mostraban extraordinarias consideraciones; había casado con la hija del rey Seleuco, no porque la hubiese pretendido, sino que, al contrario, le pretendieron á él. Había otorgado su herencia á las continuas instancias de Prusias, y aquellos dos matrimonios se habían celebrado en medio de innumerables legaciones encargadas de regalos y de felicitaciones á los esposos, presidiendo á la solemnidad los auspicios de los pueblos más ilustres. La nación de los beocios, á pesar de los trabajos de Filipo, nunca pudo ser arrastrada á celebrar tratado de amistad: hoy tiene tratado con Perseo gravado en tres puntos diferentes; uno en Teleas, otro en Delos, el templo más venerado y concurrido, y el tercero en Delfos. En la asamblea de los aqueos, si algunos que hicieron valer las fuerzas romanas no hubiesen soslayado la cuestión, casi se llegó á abrirle la entrada en la Acaya. Y el mismo Eumeno, que no podía decir de qué manera había obligado más á aquel pueblo, si por beneficios públicos ó por favores particulares, veía todos sus derechos á sus respetos, ó abandonados por incuria é indiferencia ú hostilmente abolidos. ¿Se ignora acaso que los etolios, en sus sediciones, no pidieron ayuda á los romanos, sino á Perseo? Apoyado en tan fuertes alianzas y amistades, hace en su territorio preparativos de guerra que le libertan de tener que reunir á los extraños; tiene treinta mil hombres de infantería y quince mil de caballería; reúne provisiones de granos para diez años, para poder prescindir de los productos de sus propias tierras y de las de sus enemigos. Sus arcas están tan repletas, que todo lo tiene dispuesto para igual número de años, el sueldo de diez mil mercenarios, además de las fuerzas macedónicas, y esto no comprendiendo la renta anual que obtiene de las minas reales. Ha reunido en sus arsenales armas para tres ejércitos de

aquella fuerza, y para cuando le falten soldados de Macedonia, tiene un semillero inagotable en la sometida Tracia. El resto de su discurso fué una exhortación: «Lo que refiero no son rumores vanos, ruidos sin fundamento, recogidos con demasiada avidez por quien quisiera fuesen verdaderas sus quejas contra el enemigo; son hechos probados, demostrados, como podría referirles un espía que hubiesen enviado como resultado de sus terminantes investigaciones. No habría abandonado mis estados, cuyos límites tanto ha ensanchado vuestra generosidad y realizado el esplendor; no habría cruzado tantos mares para venir y referiros imposturas, perdiendo de esta manera vuestra confianza. Veía las ciudades más ilustres del Asia revelar diariamente y con más claridad sus intenciones, dispuestas, si no se vigilaba, á avanzar tanto, que no podrán retroceder aunque quieran. Veía á Perseo, encontrándose estrecho en Macedonia, entrar en otras tierras á mano armada y establecerse en ellas, y allí donde la fuerza hubiese encontrado demasiada resistencia, emplear los medios de los halagos y seducciones. Comprendía cuán desigual era la partida entre vosotros y él; él armado en guerra, vosotros confiados y tranquilos en la paz. Y cuando digo armado en guerra, debería decir en guerra abierta. Abrúpolis era aliado y amigo vuestro; él lo ha desterrado. El ilirio Artheaturo os envió un mensaje del que se enteró Perseo: era aliado y amigo vuestro; le ha matado. Los tebanos Eversa y Calicrites y varones eminentes de la ciudad hablaron de él con bastante claridad en la asamblea de los beocios, proponiéndose enteraros de cuanto pasaba; los ha hecho desaparecer. Ha prestado socorros á los bizantinos á pesar de los tratados; ha llevado la guerra á la Dolopia, ha hecho que su ejército atravesase la Tracia y la Dórida, para que en una

guerra civil el más débil abrumase al más fuerte. Todo lo ha confundido, todo lo ha trastornado en Tesalia y Perrhebia, esperando nuevas disposiciones, para servirse de los deudores, afectos á su partido, y exterminar á los notables. Viendo que ha podido hacer tanto sin cansar vuestra paciencia y longanimidad y que le dejabais el campo libre en Grecia, cree seguro que podrá pasar á Italia sin encontrar ni un combatiente en su camino. Vosotros decidiréis si eso lo permiten vuestra seguridad y vuestro honor: en cuanto á mí, si los dos habíamos de venir á Italia, Perseo para traer la guerra y yo para prevenir que estéis alerta, me habría creído deshonorado de no adelantarme. Ahora que he cumplido con mi deber y que me veo libre de la obligación que la lealtad me imponía, ¿qué otra cosa he de hacer sino rogar á cuantos dioses y diosas hay en el cielo para que salgáis á la defensa de vuestros propios intereses y también de los nuestros, puesto que somos vuestros aliados y amigos, dependiendo de vosotros nuestra existencia?» Esta oración movió á los Padres conscriptos; mas por el momento, no se supo otra cosa que la presencia del rey en el Senado; tan profundo secreto guardaron los senadores. Solamente después de terminada la guerra se divulgaron las palabras del rey y la respuesta que le dió el Senado. Pocos días después recibieron audiencia los legados de Perseo. Pero sus ruegos y defensa encontraron prevenidos los ánimos de los senadores por el informe de Eumeno; y la exasperación fué mayor aún por el altivo lenguaje que empleó Harpalo, jefe de la legación. «El rey, dijo, tiene empeño en justificarse y en que no se dé á ninguna palabra ni acto suyo carácter de hostilidad; pero si observa que hay obstinación en buscar pretextos de guerra, sabrá defenderse valientemente. Los favores de Marte son comunes, é incierto el resultado de la guerra.» Todas las ciudades de la